

# Las formas de lo deforme

Fernando Mora Meléndez

Tres veteranos de la caricatura toman el fresco de la tarde a la entrada de una cabaña de veraneo. Desde sus tumbonas parecen añorar aquellos tiempos en los que todavía afinaban su agudeza para sacarles punta a los desatinos del mundo. De pronto uno de ellos comenta: “Me acuerdo que una vez hice una nariz así...” y parece que la dibuja en el aire para que sus colegas la vean.

Esta ya parece una viñeta idílica. La dibujó Gary Larsen hace algunas décadas para su divertida sección Far Side. Estaba encabezada por una línea: ¿De qué hablan los caricaturistas jubilados? ¿De qué hablaría Wolinski, si el ala armada de Alá no lo hubiera asesinado a sus ochenta años, junto a sus demás compañeros de *Charlie Hebdo*?

Es obvio el lamento por la infamia de morir en una masacre, sin más armas que las plumillas y los pinceles. Pero menos usual sería la compasión por aquellos emisarios del terror, a los que su militancia les impide reírse de tantas cosas. No podrían, ya que la risa es distorsión de la verdad revelada, de las consignas patrióticas, de los axiomas fervorosos. Ya sabemos por qué: para las formas extremas del fanatismo no hay nada más serio que un dogma.

Decía Bergson, en ese tratado tan serio llamado *La risa*, que la comedia empieza, no con un hombre de pie, sino con uno sentado. Las posturas rígidas son tan absurdas, que hacen que un ser humano actúe como un autómatas, menos como una criatura silvestre y jovial. Por eso da más risa Hitler, apoltronado en la banca del palco, que Jesse Owens corriendo como una gacela. Por eso Chaplin hizo humor de la ciega mecánica del mundo en *Tiempos moder-*

*nos*. La misma rigidez que aqueja a las formas más perversas del poder nos debiera dar risa, solo que muchas veces estas terminan por sofocar, con su crueldad, cualquier exceso de humor. La risa termina ahogada, como el fraile de *El nombre de la rosa*, en aquel monasterio donde un libro sobre la comedia es igual que un manual de brujería.

El humorista gráfico saca partido de aquellos lugares donde la risa no cabe, como un confesionario, un patíbulo o un quirófano. También una calle poblada de fanáticos musulmanes se convierte en tentación para un puñado de dibujantes. Imbuido por la gracia de su espíritu, el caricaturista traza sus rasgos de un modo más gozoso que agresivo, sobre todo porque sabe que ya no podrá cambiar el mundo. Muestra lo peor de los defectos sociales, pero sin afán de remedio. Y lo muestra como si todo aquello estuviera muy bien, contrario al ironista que lo injuria, o al cínico que se amarga, aunque le da lo mismo. Un caricaturista juega a distorsionar incluso lo que parece bello y armónico. El ironista sólo ve los vicios y se retuerce, pero sin gracia.

Sin pensar en ulteriores rasguños, el dibujante traza sus rasgos porque para él nada puede ser más tentador que un ambiente constreñido por normas absurdas. Fellini dibujó con sarcasmo el ambiente fascista de las camisas negras, hasta el día en que Mussolini lo obligó a hacer historietas partidistas, las únicas permitidas, por ser serias. Pero nadie que tome partido por algo puede incubar el humor; al contrario, puede ser un tumor. A no ser que el dibujante se asuma como el más conservador. Aquella impostura ha sido un lugar común entre artistas y escritores. Sus salidas en falso, cuando han confesado su



© Mico

adhesión al gorila de turno, no fueron más que finos chistes que pocos entendieron. Nadie cree en la simpatía de Borges por los militares argentinos. Ser tan godo puede ser un chiste fino, pero un chiste que cuesta. A él le costó el Nobel. A otros puede traerles grandes beneficios: que los godos de verdad los consideren sus aliados. En esos casos es mejor ser antipático, como Fernando Vallejo, para evitar ambigüedades.

El bello oficio de garabatear las farsas diarias puede tornarse riesgoso como los otros géneros escritos. Los bufones van perdiendo su licencia de contradicción. Y entonces un buen tiro de humor puede pagarse con un tiro de gracia. Mientras pasamos esta página con Charlie, quisiera volver a Larson, con el que empezamos.

En otra de sus viñetas se atrevió a hacer un chiste con Jane Goodall, la zóloga que dedicó su vida a los monos. En el dibujo, una hembra de chimpancé encuentra un pelo rubio en el hombro del macho y le pregunta con ironía: ¿Más investigación con esa mujerzuela de Jane Goodall? Una vez publicado el dibujo, los activistas se expresaron con furia, lo consideraron

no solo de mal gusto sino una atrocidad, según dijeron. Hasta pidieron la cabeza del artista a la casa editora del periódico.

Por fortuna, fue la propia Goodall quien salió a dirimir el asunto. Dijo que no solo le había parecido gracioso el comentario gráfico, sino que elogió además el ingenio de Larson, sobre todo porque se parecía mucho al sentido del humor de los simios que ella estudiaba. Es decir, el mismo humor de los monos está presente en los que hacen monos. Un bello corolario el de esta activista. Que Alá la preserve.

**Fernando Mora Meléndez** es Comunicador Social-Periodista y Magíster en Dramaturgia de la Universidad de Antioquia. Investigador, escritor y realizador audiovisual, actualmente se desempeña como docente en la Universidad Eafit. Hace parte del comité editorial del periódico *Universo Centro*. En 2013 ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar por su entrevista, *El poema llega solo*, a Jaime Jaramillo Escobar. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.